

I WILL ALWAYS DO WHAT I SAY I AM GOING TO DO

Luisina Gentile



I WILL ALWAYS DO WHAT I SAY I AM GOING TO DO

Luisina Gentile¹

Me anoté pensando que serían oficinas, pero al final se trataba de limpiar casas particulares. La segunda a la que fui era el departamento de un matrimonio con un hijo, cerca de Savigny Platz, una parte rica y elegante de la ciudad. La dueña de la casa se llamaba Inga y me pareció que aún sentía algo de culpa por contratar a alguien para hacer la limpieza. Al resto de la familia la conocí por fotos. La primera vez, pasando la aspiradora por el cuarto matrimonial, pensé que llevaban una vida que yo no quisiera tener en un par de años. La temática de la decoración eran ellos mismos: nuestro casamiento, nuestros quince días de vacaciones por año, los recuerdos recientes de nuestro matrimonio, el paso del tiempo en nuestro hijo. Me sofocaba. En realidad, mi trabajo era más bien limpiar sobre limpio pero no dejaba de tener la sensación de que todo estaba cubierto de polvo. Al lado de la cama, una guitarra colgada era exhibida como el recuerdo de otra vida, pero ¿cuántos años tendrían estas personas? En la cocina me espantaba una botella del detergente vestida con un delantal floreado. ¿Cómo llega una botella de a ser vestida con un delantal con flores, volados y encaje?

Yo no tenía nada personal en contra de nada específico de todo su mundo (¿o sí?) pero yo no me imaginaba siendo feliz llevando la vida que, al menos en mi imaginación, llevaban ellos. ¿Pero por qué? ¿Cuál era el principal problema en eso? ¿La heterosexualidad, contratar a alguien para limpiar sobre limpio, la centralidad que socialmente se otorga a la pareja como principal sostén material y emocional? Quizás el principal problema no era nada de eso sino la decoración del lugar. ¿Y si tenía un poco más de onda, qué? ¿Estaría pensando lo mismo?

Igual yo pasaba el trapo y me reía maliciosamente, imaginando a Jannine teniendo una vida así dentro de poco tiempo. No era una venganza, porque imaginaba que ella misma la anhelaba, pero yo lo sentía así. Mi compañera de doctorado, reuniéndose a tomar el té con sus amigas, intercambiándose halagos pasajeros bastante truchos del tipo: “Qué lindo tenés el pelo hoy!” o “Qué linda tenés tu camisa, where did you get it?”. En alguna ocasión Jannine comentó que le interesaba la teoría queer y yo hice una mueca de horror para mis adentros (ahora que lo pienso ahí no hay nada que reprochar: se nota que le gustaba la *teoría* queer y no the queerness that could be found everywhere around, even beyond theory, perhaps even more beyond queer theory itself. Maybe that’s the only queerness that matters). Nunca entendí qué le interesaba del arte más que la dimensión social del prestigio. ¿La juntada con las arpías contaba como eso?

Estaba sola en la casa. Antes de irme, abrí la heladera y comí algunas cosas sin dejar rastro y me aseguré de que todo tuviera la cantidad necesariamente abundante como para que no se notara que había un par de rodajas de menos. Me acordé de mi mamá diciendo se lo habrá comido la empleada. Me cambié la

¹ Universidad de Berkeley.



remera por una musculosa negra y me fui al Hambüger Bahnhof a ver una muestra de Adrian Piper: The probable truth registry. La muestra era una especie de contrato social de tres cláusulas, suscrito por todos los visitantes que quisieran firmarlo. "I will always be too expensive to buy", "I will always mean what I say" y "I will always do what I say I am going to do". Había tres mostradores con recepcionistas, uno por cada cláusula, que entregaban el contrato a firmar. Firmé los tres con la seguridad de que sabía que en la tercera estaba mintiendo, pero me pareció que estaba relativamente bien, de esas tres, fallar en esa.

Luisina Gentile. 2021. *El valor de las monedas* (p. 17). Socios fundadores.

